

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: «No llores». Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!». El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios diciendo: «Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo». Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Esta es una poderosa historia que nos muestra el profundo amor y compasión de nuestro Señor Jesucristo, así como su capacidad para traer vida donde solo hay muerte.

Imaginemos la escena: Jesús y sus discípulos llegan a la ciudad de Naín, y en medio de la multitud se encuentra un cortejo fúnebre. Una madre llora la pérdida de su único hijo, y la tristeza inunda el aire.

Jesús, al ver la aflicción de la madre, siente compasión. Y en su compasión, se acerca al ataúd y toca a aquel joven muerto. La vida vuelve a él, y el joven se levanta, habla y es devuelto a su madre. Un milagro que desafía toda lógica y naturaleza.

Esta historia nos enseña tres lecciones fundamentales:

Primero, revela **la compasión de Jesús**. Él no es indiferente a nuestro dolor y sufrimiento. En lugar de alejarse de la aflicción, se acerca a ella con amor y comprensión. Nos anima a llevar nuestras preocupaciones y tristezas a sus pies, sabiendo que él nos entiende y se preocupa por nosotros.

Segundo, esta historia muestra **el poder transformador del toque de Jesús**. Así como tocó al joven muerto y lo resucitó, Jesús puede tocar nuestras vidas y transformarlas.

Tercero, nos recuerda que **Jesús es el Señor de la vida y la muerte**. Él tiene el poder sobre la muerte misma. Ya sea la muerte física o la espiritual, podemos confiar en que Jesús puede traer vida donde solo hay muerte, redimiendo nuestras vidas y dándonos la esperanza de una vida eterna con Él.

Ahora celebramos esta presencia real de Jesús: compasiva, transformadora, resucitadora. En la Santa Comunión, el mismísimo Jesús nos va a tocar. Pidamos a la Virgen María que podamos experimentar el toque transformador de Jesús en nuestras vidas, que nos llene de su amor y de su compasión, y llevarlos a un mundo que tanto necesita de Jesús.